



COSMOLOGIA

DIOS NO ES DEDUCCIÓN EMPÍRICA

por Josep Emili Arias

cel_ras@hotmail.com

La ciencia y los credos monoteístas son doctrinas totalmente antagónicas. Las Iglesias instauraron el dogma para validar conjeturas, rehuir de la duda y la reprobación, zanjar las controversias teológicas y censurar las preguntas impertinentes. Por contra, la ciencia y su método científico exigen la duda, la crítica y las preguntas más incómodas que hagan reprobado, fortalecer y perfeccionar sus teorías.

(Tomando el empirismo como toda percepción de un hecho experimental, generalizado y repetitivo)

Parafraseando el Evangelio de san Juan (Jn 20, 29): «Bienaventurados aquellos que creen sin el respaldo de la ciencia ni de la materia, porque ellos sí han entendido la Fe». Posiblemente, el mejor camino para una fe sin prejuicios.

«La Fe no es fruto del raciocinio, sino de una libre elección. A partir de aquí, todo se sustentará en actos de fe».

«Todas las religiones (orientales, politeístas y monoteístas) nos conciencian de los límites éticos en cuanto a la *praxis* científica, pero nunca podrán limitar ni acotar el afán de conocimiento humano», Isaac Asimov (1920-1992)

«Nada impide que el universo se haya creado espontáneamente de la nada, sin la iniciativa divina. Porque, en mecánica cuántica, todo lo que no está prohibido por leyes de conservación de la energía tiene alguna probabilidad de suceder», Alexander Vilenkin, cosmólogo (Redes nº 33, La2). (Imagen 1).

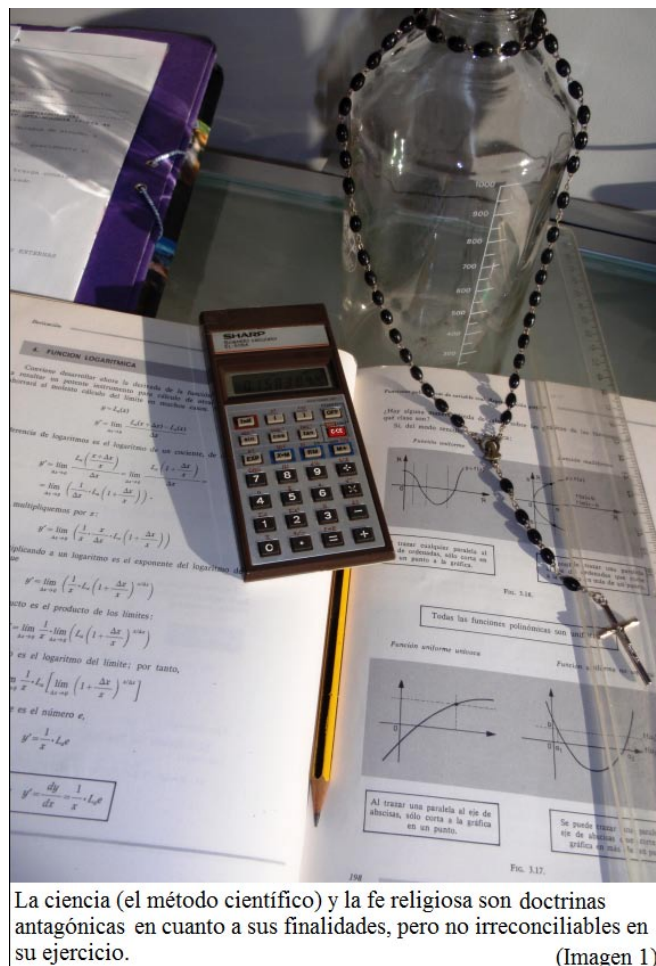
Cuando el dogmatismo se

extralimita

Los SS XVI y XVII fueron tiempos donde todas las Iglesias (la católica, la luterana, la calvinista, ...) avasallaban con el dogma los terrenos de la razón y del libre pensamiento. Bien lo padecieron en sus carnes, Miguel Servet, Giordano Bruno y Galileo Galilei.

Mas recientemente, no cupo mayor cinismo histórico que el mostrado por la Santa Sede en su Simposio

de la *Semana de la Astrobiología* (nov/2009), convocado por la Pontificia Academia de las Ciencias. En cuanto que jamás el papado ha mostrado la más mínima intención de restituir la figura del dominico y filósofo, Giordano Bruno, llevado a la hoguera por el Santo Oficio Romano el 17 de febrero de 1600 tras la acusación de "hereje impenitente y apologeta del heliocentrismo". Estas fueron algunas de las blasfemias heréticas de G. Bruno y que



La ciencia (el método científico) y la fe religiosa son doctrinas antagónicas en cuanto a sus finalidades, pero no irreconciliables en su ejercicio. (Imagen 1)

ahora, con el paso del tiempo, la curia vaticana ha tenido que asentar con estos mismos postulados: “..., como [deben], existir innumerables mundos semejantes al nuestro”, “Debe haber un infinito número de seres moralmente imperfectos habitando la infinitud de otros mundos que orbitan otras estrellas” (*Sobre el infinito universo y los mundos* (1584); *La cena de las cenizas* (1584)).

Sobre el último libro de Stephen Hawking

En la publicación del último libro de Stephen Hawking, y coautor L. Mlodinow, *The Grand Design* (El magnífico diseño, 2010) el científico británico sostiene que, «No hace falta un Dios para el inicio del Universo. El *Big Bang* primordial fue una consecuencia inevitable ...», «..., otros muchos diferentes universos que, de forma espontánea, surgirían como fluctuaciones cuánticas dentro de un falso vacío primordial».

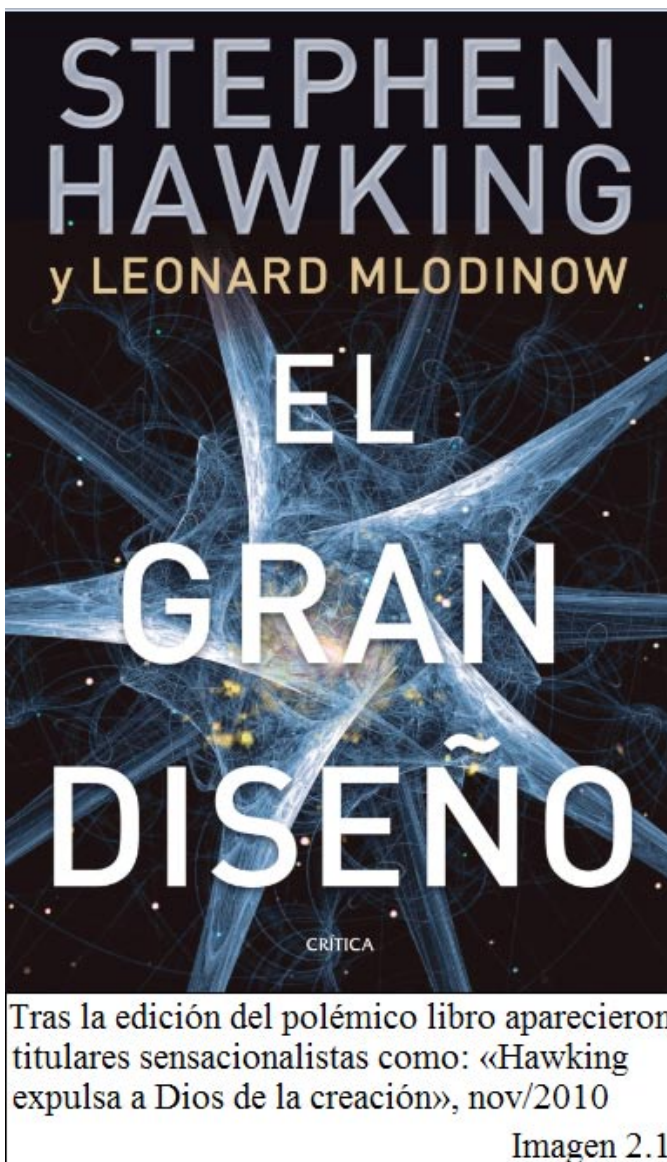
Estas afirmaciones llevaron a los líderes religiosos británicos de todo credo monoteísta, incluso el Papa Benedicto XVI en su homilía de la Epifanía de Señor (06/Ene/2011), a remeter contra la osada tesis de Hawking.

Pero entonces, ¿Desde cuándo las religiones tienen potestad para exigirle a la ciencia la acomodación de Dios en la creación del *Big Bang*?. Resulta tan absurdo como si Hawking rebatiese una homilía del Papa sobre el misterio de la Trinidad.

Cierto es que el astrofísico más mediático se ha extralimitado. El concepto de Dios y de fe religiosa son inaccesibles al método científico, pues lo transcendental (lo espiritual) no es deducible de lo empírico. La existencia de Dios nunca arrojará datos experimentales ni manifestaciones empíricas. Por tanto, las conclusiones de Hawking sólo pueden ser entendibles desde el pensamiento más metafísico y filosófico, y no desde la razón científica. Esta provocativa salida de Hawking parece responder a resentimientos de sus históricas e inherentes crisis de fe (sus dos matrimonios pasaron por vicaria).

No existen ecuaciones cosmológicas que aprueben o reprueben una Creación divina. Es más, siempre quedará una pregunta final, ¿quién creó el vacío primordial antes del *Big Bang*?. De entrada, Hawking yerra con el precepto ególatra de: «Lo que yo no comprendo no puede existir» pues, con ello, se eliminaría muchísima

filosofía. Resulta mucho más sensato, y parafraseando el Evangelio, lo de: «Dad a Dios lo que es de Dios y al método científico lo que es del método científico». Podemos afirmar que lo transcendental, lo espiritual, la fe, la creencia pasional, nunca atienden a razonamientos. Pues, la Fe, como toda creencia, no es fruto del raciocinio, sino de una libre elección. A partir de aquí, todo se sujeta en actos de fe. (Imagen 2.1).



Su coautor Leonard Mlodinow abre el debate introduciendo conceptos sobre la nada: «Hay que redefinir qué es la realidad. Pero, sin la realidad, todas las ideas dependen exclusivamente del observador». Para Mlodinow el universo se reduce a un modelo construido por nuestro cerebro. Recurre a la idea cuántica (asentada en los principios de las partículas subatómicas) de que el universo es resultado de una constante creación de nuestro cerebro, con nuestras observaciones lo hacemos cada vez más profundo y más vasto. La táctica de Mlodinow es liarlo todo con este realismo virtual. El compendio de

este libro, *El Magnífico diseño*, desmerece mucho como ensayo divulgativo y se convierte en un sensacionalismo filosófico muy -simplón-.

El dogma no evita las paradojas

La ciencia y los credos monoteístas son sistemas doctrinales totalmente antagónicos. Las Iglesias instauraron el dogma para validar conjeturas, rehuir de la duda y la reprobación, zanjar las controversias teológicas y censurar las preguntas impertinentes. Por contra, la ciencia y su método científico exigen la duda, la crítica y las preguntas más incómodas que hagan reprobado, fortalecer y perfeccionar sus teorías e hipótesis y, de esta manera, avance el conocimiento. La ciencia no admite premisas preconcebidas ni fundamentalistas. Toda teoría científica ha de resistir el libre examen, la reprobación de otras tesis más robustas. Por ello, la fe religiosa y la ciencia están condenadas a ser antagónicas, pues tienen funcionalidades y finalidades totalmente contrarias.

Parafraseando el Evangelio de san Juan (Jn 20, 29): «Bienaventurados aquellos que creen sin el respaldo de la ciencia ni de la materia, porque ellos sí han entendido la Fe». Posiblemente, el mejor camino para una fe sin prejuicios.

En la ciencia no existe el concepto de «teoría sacrosanta», todas las teorías han de quedar expuestas al rebatimiento. No existe la teoría privilegiada ni el pronunciamiento dogmático. Es aquí donde radica el triunfo de la ciencia y la razón, en su continuo discernimiento y reprobación. Totalmente contrario a las sentencias dogmáticas de las teologías monoteístas. Conocida es la inapelable máxima vaticana, de: «*Roma locuta, causa finita*».

El exceso de dogma no evita las paradojas. Planteemos la paradoja de la Persistente Espera: Si la única razón de ser de las divinidades (Dios/Yahvé/Alá) se fundamenta en la especie humana (como los proclamados -hijos de Dios-), ¿Por qué el Hombre tardó 13.700 millones de años en surgir de la Creación?, ¿Por qué el Dios omnipotente no impidió los muchos cataclismos planetarios y de extinciones masivas acaecidas en eras geológicas pasadas y que tanto impidieron y retrasaron los procesos biológicos y evolutivos?. ¿Por qué este despilfarro de tiempo?, ¿Carecerá Dios de dominio sobre las leyes y propiedades físicas de la naturaleza?.

Ya en el s. IV al sabio San Agustín de Hipona se le

inquirió con una cuestión similar: ¿Qué hacía Dios antes de la Creación?. Al sabio doctor de la Iglesia se le atribuye la respuesta de: «Preparaba un infierno *ex profeso* para quienes suscitasen estas preguntas».

La disciplina del método científico, aun, con su cálculo preciso, su confrontación de teorías y la continúa experimentación, reconoce no poseer la verdad absoluta. Ahora, ¡imagínate la teología!, que se asienta sobre conjeturas pasionales y creencias fundamentalistas. La teología cristiana de Oriente llegó a estudiar: ¿Qué sexo tenían los ángeles?.

En muchas ocasiones los dogmas y preceptos doctrinales vinculados a la naturaleza generan un sinfín de contrariedades. Digamos, como ejemplo, que si los goces sexuales resultan tan pecaminosos, ¿por qué el Dios Todocreador nos dotó de estos estímulos placenteros en la fisiología sexual de los mamíferos?.

La controvertida cuestión de la voluntad de Dios y el «todo» está predispuesto por Dios

¿Por qué el epíteto de «Dios omnipotente» sólo hay que traducirlo como él que otorga fatalidades y penalidades expiatorias a su feligresía?. Esto sólo cabe en teólogos de mente calenturienta.

La instauración dogmática de que «todo» está dispuesto o subyugado a la voluntad de Dios, como una inapelable predestinación divina, supuso el gran «cajón desastre» de la teología y que acabó generando (y genera) un sinfín de galimatías y absurdos. La arrogante teología católica debería tener cuidado con pronunciamientos tales como que el padecimiento de un cáncer, el tener un marido maltratador, el suceso de un gran terremoto y otras desgracias, son «cruces» dadas y otorgadas por Dios como penitencia expiatoria. Pero, ¿por qué esta enfermiza obsesión de la teología judeo-cristiana en mostrarnos al Dios despiadado e inmisericorde y, por contra, desestiman al Dios de la infinita bondad del Evangelio de Mateo 7, 9-11?. Las doctrinas basadas en el miedo, en el tormento, en la del Dios castigador, en las escenificaciones tétricas y sanguinolentas, son doctrinas que ya no recluta feligresía, sino que la espanta.

Pero el gran misterio teológico radica en hallar el criterio con el cual atribuir cuándo un hecho o un suceso es voluntad o disposición de Dios y cuándo no lo es. Comparto de lleno el pensamiento de San Francisco de

Asís: «Concédeme serenidad y sabiduría para poder discernir y aceptar aquellas cosas que son de Tú voluntad y valor para cambiar aquellos que no lo son» (frase adaptada por el autor).

Si la teología acepta y reconoce que el momento de nuestra muerte, ya sea de accidente o de enfermedad (exceptuando el suicidio), es un suceso determinado por la voluntad divina como «la llamada de Dios», damos la entrada a que surjan infinitas paradojas. Pues, si aceptásemos como razón que el fallecimiento accidental de un peatón por atropello de un vehículo, dicha muerte, estaba predispuesta en ese espacio/tiempo como la «llamada de Dios» a la otra vida (eterna), tal asentimiento nos llevaría a otorgar al imprudente conductor la eximente jurídica de haber sido utilizado como «instrumento providencial divino» para llevar a término esta «llamada de Dios» en la persona del transeúnte. Pues, de alguna forma, el conductor no era dueño ni responsable de sus propios actos al volante. Ahora, imaginemos este mismo planteamiento llevándolo al propio fallo humano de un controlador aéreo con consecuencias de gran catástrofe aérea, donde cabría preguntarse si las centenares de víctimas mortales son la consecuencia de un fallo humano, o bien, todas estas muertes ya estaban irremisiblemente predispuestas en ese espacio/tiempo a cumplimentar la «llamada de Dios» hacia la otra vida. ¿Habría que condenar al controlador o eximirle?. Obedeciendo a la teología, al menos, el derecho canónico sí debería eximirle.

Cuan de bien harían las teologías monoteístas si se aplicasen el sensato principio de la divulgación científica: «Lo qué no comprendas, no lo pretendas explicar ni afirmar».

Es más, si Dios «todo» lo tiene dispuesto y predestinado, ¿por qué en la Vieja Europa consintió que hubiese tantas guerras entre su mismo credo cristiano?.

La sismicidad es una propiedad de la Tierra. Los terremotos no son designios ni castigos divinos

Recientemente el alcalde de Tokio, el ultraconservador Shintaro Ishihara, se disculpó en los medios por haber afirmado que el devastador terremoto del día 11/mar/2011 y el tsunami posterior fueron un “castigo divino” por el egoísmo y el paganismo existente en la sociedad japonesa.

Los episodios de terremotos obedecen únicamente
Huygens N° 91 julio - agosto - 2011

a la necesidad de todo planeta activo, con dinámica de tectónicas de placas, a liberar la energía de tensión acumulada en su corteza. Por tanto, los terremotos no se producen ni dejan de producirse por designio divino, como tampoco son evitables con rogativas. La sismicidad es una propiedad inherente de nuestro planeta (de corteza terrestre) y que para nada entiende de rogativas que eximan o impidan estos sucesos catastróficos, incluso, en los santos lugares.

Los desastres devastadores de la naturaleza no conocen de privilegios divinos ni de bulas localistas que exoneren, o salven, a los lugares santos de sufrir calamidades naturales.

Entre tantos muchos, recordemos el terremoto de septiembre de 1997 en la ciudad de Asís (Italia) donde sus posteriores replicas asolaron la cúpula de la Basílica de Asís y cuyos desprendimientos mataron a dos frailes franciscanos. También, más cercano nos queda la escultura monolítica del Sagrado Corazón de



Los santos lugares no están protegidos, por la divinidad, de sufrir calamidades de fenómenos naturales. Escultura monolítica del Sagrado Corazón de Jesús, en el cerro del Real de Gandia.

Imagen 2.2

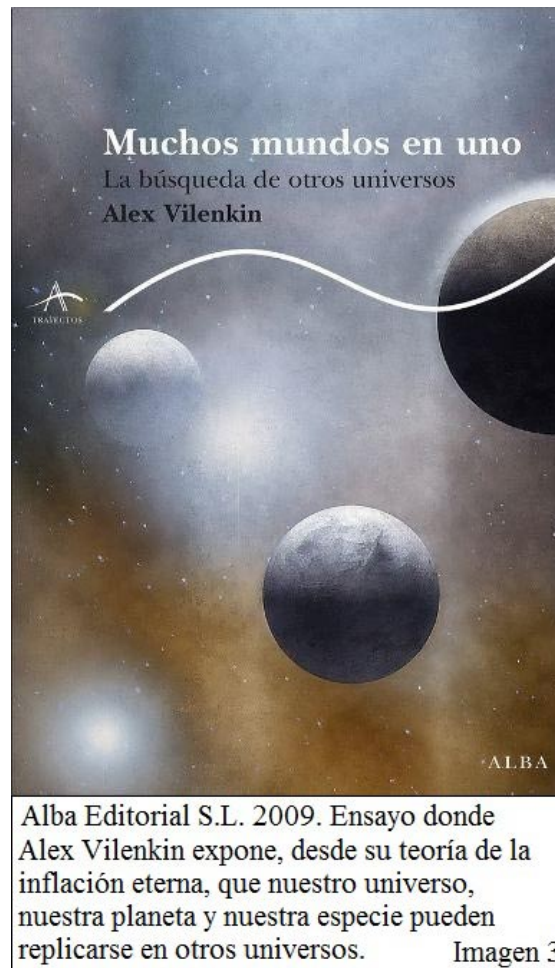
Jesús en la colina del Real de Gandía que, durante las décadas 70/80, sufrió el ensañamiento de impactos de rayos que descargaban las tormentas destrozando partes grandes de dicha escultura. No hubo más remedio que, en la restitución de inicios de la década de los 90, adosar un pararrayos a la espalda de esta gran figura escultural para salvaguardar, así, esta colosal iconografía del catolicismo popular. Las rogativas no redimían al monolito religioso de estas calamidades provocadas por los fenómenos meteorológicos. (imagen 2.2)

Por mucho que todas las teologías monoteístas sobrevaloren el carácter omnipotente de sus dioses, éstas divinidades no rigen, ni gobiernan, ni predisponen los procesos naturales de la Tierra ni del cosmos. En otras palabras, si se acerca una pandemia es más prudente y resolutivo encontrar la vacuna que esperar rezando.

La moderna cosmología inflacionaria también es afín al principio de la Mediocridad Terrestre

Con el paso del tiempo el desarrollo del nuevo conocimiento humano nos invita a considerar el llamado principio de Mediocridad Terrestre. Expongámoslo, así: En 1543 Copérnico nos dio a conocer su teoría heliocéntrica donde nuestra Tierra no era el centro del universo. En 1584 el cosmólogo dominico Giordano Bruno manifestó que las estrellas eran otros sistemas estelares en los que orbitaban otros mundos (hoy tenemos descubiertos más de medio millar de planetas extrasolares); nuestro Sol es una estrella mediocre entre miles de millones de ellas. En 1755 el filósofo Immanuel Kant sugirió que las nebulosas lenticulares observadas con los rudimentarios telescopios debían ser otros “universos-islas” (galaxias) lejanas e independientes de nuestra Vía Láctea.

Más recientemente, en el año 2006, el cosmólogo Alexander Vilenkin (Universidad de Tufts) nos presenta su innovador modelo cosmológico de la -inflación eterna- surgida a partir de un único y primordial *Big Bang* del que se procrean, de forma eterna, infinitos multiversos con sus propios *Big Bang*'s locales. Es decir, unos universos-burbujas (*branas*) que surgen de las fluctuaciones cuánticas sumergidas en ese océano inflacionario repleto de grandes cantidades de energía disuelta en el «falso vacío». De ahí, que nuestro propio universo es uno más entre los infinitos que pueden existir y coexistir de forma perfectamente replicada al



nuestro. (Imagen 3)

En los modelos basados en la cosmología inflacionaria de Vilenkin/Steinhardt podemos imaginar un infinito océano inflacionario (inflación eterna) que debido a las fluctuaciones cuánticas éstas generan una infinidad de pequeños *Big Bang*'s locales que se expanden, formando burbujas-universo llamadas *branas*. Donde unas burbujas desaparecen y otras nacen, crecen y se expansionan. De forma figurada cada universo se podría considerar como una burbuja (*brana*) nadando en un océano infinito de agua hirviendo (falso vacío). La formulación de esta teoría esta fuertemente influenciada por la interpretación de la mecánica cuántica de Hugh Everett. De ahí, que nuestro universo sería uno más dentro de un conjunto de infinitos multiversos de una inmensa variedad de diferentes propiedades y de leyes físicas fundamentales. Pero esta diversificación de las constantes fundamentales y propiedades de la naturaleza no pueden resultar infinitas pues los sucesos están limitados. Por tanto, este modelo de la inflación eterna conlleva la necesidad de replicarse idénticos universos. De alguna forma, con bastante probabilidad estábamos obligados a aparecer en el universo (principio Antrópico), ya que en algún universo había de configurarse unas propiedades y constantes fundamentales de la naturaleza que propi-

ciasen la química de la vida y su posterior evolución a la conciencia. (Imagen 4)

Alex Vilenkin, en su entrevista para el programa *Redes* nº 33 de RTVE-La2 (08/Jun/2009), bajo el título de “Todos los días nace un universo”¹, sostiene que la

cas de nuestro propio Universo, con un idéntico proceso evolutivo en la línea de universo-planeta-homínido. Es decir, las ecuaciones del modelo Vilenkin permiten que nuestro actual universo se esté replicando en otro universo paralelo, en otra parte del falso vacío cósmico, con



Redes: nº 33 "Todos los días nace un universo". Entrevista a Alex Vilenkin

Imagen 4

vida y nosotros mismos fuimos resultado de la probabilidad: «Y la única respuesta que parece plausible ahora es que hay una inmensa variedad de posibilidades, de hecho, la teoría de las supercuerdas, que es una de las candidatas a la teoría fundamental, predice que hay un enorme número de entornos posibles [multiversos], con distintos valores para estas constantes fundamentales de la naturaleza» y, más adelante, añade: «Y la única manera que conozco de sortear esta dificultad [antes del Big Bang primordial] es la idea de que el universo pudo crearse espontáneamente de la nada».

Esta teoría cosmológica de la inflación eterna y de los multiversos desarrollada por Alex Vilenkin avala y satisface el principio de la Mediocridad Terrestre donde, una vez más, la naturaleza cósmica nos muestra que somos insignificantes y que con mucha probabilidad seamos una especie replicada en otro universo distinto y lejano. Perdiendo, así, el status de espécimen exclusivo. De alguna manera, dejamos de ser esa especie elegida como inspiración de una divinidad creadora. Las ecuaciones del modelo cosmológico de Vilenkin exigen que de la sopa inflacionaria surjan, de forma continua, un número infinito de Big Bang's locales (multiversos-burbujas en expansión) pero con un número finito de posibilidades o sucesos. Tal axioma obliga a que surjan réplicas idénti-

las mismas propiedades y constantes fundamentales de la naturaleza que llevan a desarrollar la química de la vida y su evolución hacia una especie de inteligencia superior y de conciencia. Expresémoslo en palabras del escritor y divulgador Eduard Punset en su entrevista con Alex Vilenkin (*Redes* nº 33): «Tú, en tu libro, dijiste que esta expansión es eterna y que hay muchos miles de millones de universos», «Y esto, es el gran mensaje que nos ofrece Alex Vilenkin. Resulta que no sólo hemos dejado de ser el

centro del universo, como describió Copérnico hace ya 400 años, sino que además no somos los únicos seres vivientes, hay homínidos como nosotros, no en este universo, precisamente, pero en otros universos que están más allá de las fronteras del nuestro. Es una visión totalmente distinta, revolucionaria...».

Esta teoría cosmológica de Alex Vilenkin no hace más que avalar el principio de Mediocridad Terrestre, la cual rompe con el concepto exclusivista del universo único, privilegiado e irrepetible. Es decir, nuestro universo es uno más entre infinitos multiversos paralelos que se expanden, y donde tiene que haber un universo replicado al nuestro con idénticas constantes y propiedades fundamentales de la naturaleza.

Dicen que el rey Alfonso X el Sabio, cuando le iniciaron en el saber de la astronomía, observó: “Si Dios Todopoderoso me hubiera consultado antes de embarcarse en esta vasta Creación le habría recomendado algo más simple, más sencillo”.

Ciertamente, a todos nos rompe la lógica, a creyentes y no creyentes. Pues qué sentido conlleva todo este “despilfarro” de materia, de energía, de espacio, de tiempo (la paradoja de la Persistente Espera) y de infinitos multiversos y, todo ello, con el único propósito de que el Dios Todopoderoso acomodase en un pequeño

planeta azul a su más estimada stirpe. ¿Por qué en el Todocreador divino no practicó la humildad, la austeridad, la simplicidad y la economicidad?, ¿No es Él quien rige las leyes y propiedades de la materia y las constantes fundamentales de la naturaleza?

La Iglesia, su eterno agravio con la astronomía
Sólo me queda expresar una consideración nada banal y que desprende cierto desprecio y arrogancia. La Iglesia católica, en sus impresiones de los libros litúrgicos, sigue sin adoptar el convenio ortográfico universal para las lenguas occidentales con respecto a la regla ortográfica de las mayúsculas, donde se dispone que todo vocablo que exprese nombre propio ha de encabezarse con mayúscula. A pesar de ello, la Iglesia sigue tipografiando con minúsculas, en sus textos litúrgicos, vocablos de nombre tan propio como, el Sol, la Luna y la Tierra (nuestro mundo). Tal vez, aún conserve algún resentimiento histórico contra estos vocablos².

Pues, el Sol, la Luna y la Tierra, sin lugar a dudas, son nombres propios referenciados a los sustantivos genéricos de -estrella, satélite y planeta-. Es un desprecio a la razón humana que en muchos libros litúrgicos y eclesiásticos aún figuren en minúsculas estos nombres tan propios. Tan poco que lo dudan a la hora de levantar mayúsculas para sus adjetivaciones y epítetos referenciados a sus santos y divinidades.

Epílogo

Desde mi más sincera creencia en la doctrina de Jesús de Nazaret, la Iglesia católica necesita un imperioso y renovador Concilio ecuménico donde, entre tantas cuestiones, se haga prevalecer y difundir lo primordial del cristianismo: el mensaje evangélico de Jesús de Nazaret. Reconozco, sin la más mínima duda, el importantísimo compromiso social que desempeña la institución global de la Iglesia católica. Pero, con el paso de los siglos, lo que más reluce, fanatiza y desvirtúa la auténtica fe evangélica es su enfermiza idolatría a los llamados «becerros de oro». Desde el pasional fanatismo mariano, instaurado y fabulado por los primeros papas, hasta ese sinfín de beatificaciones que, únicamente, obedecen a la máxima de: «Beatifica que algo queda». No conozco religión de mayor idolatría que la católica.

Entre algunas de las canonizaciones de mayor alarma social nombremos la subida a los Altares, en 1930, del

cardenal jesuita Roberto Belarmino (1542-1621), inquisidor del Santo Oficio Romano y quien dirigió las causas inquisitoriales en los procesos de Giordano Bruno y Galileo Galilei.

Desde una muy libre interpretación teológica de la cita evangélica de san Juan 18, 36, donde se dice: “Y, Jesús respondió [ante Pilato]: «Mi reino no es de este mundo, // Pero mi reino no es de aquí»”. Con esta cita evangélica podemos interpretar que Dios se desmarca, se desvincula de forma total de la creación de nuestro universo/materia. Es decir, que Dios no intervino (ni interviene) en la creación de la materia, ni en la naturaleza de nuestro mundo/universo y, aún menos, interfiere en los destinos del hombre.

Ésta es la única posible explicación satisfactoria con la que eliminamos las paradojas y absurdos que surgen con la supuesta aceptación de que «todo» es fruto y está predispuesto por la voluntad divina. El hombre es libre, es dueño y autor de sus propias circunstancias y de su destino, y si, quizá, le interfiere la voluntad divina que ésta sea la bondadosa providencia y no la dación de desgracias y penalidades. Los dominios y el reinado de Dios quedarían fuera de la materia, de lo corpóreo, de la naturaleza, del espacio, del tiempo y, sobretodo, por encima de las ecuaciones más sublimes del hombre.

El reino de Dios sólo cabe situarlo en lo inmaterial, en lo espiritual, en lo transcendental de esa vida eterna y, sobre todo, en el mensaje de los Evangelios.

Pero, está claro que esto contradice la teología clásica que otorga la indiscutible y total omnipotencia y omnipresencia de Dios, por muchas paradojas y absurdos que se generen.

NOTAS:

¹ Redes nº 33 (La2). Entrevista de Eduard Punset con Alexander Vilenkin, en Madrid abril 2008. Video programa: <http://www.redesparalaciencia.com/421/redes/redes-33-todos-los-dias-nace-un-universo-25-minutos> (emitido el 08/Jun/2009).

² Extracto del cántico litúrgico de los laudes, del Cántico de Zacarías. EL MESÍAS Y SU PRECURSOR, Lc 1, 68-79: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tiniebla».

Laudes (Oración de la mañana) tiempo de Navidad, Himno: UN TAN HERMOSO DONCEL: Un tan hermoso Doncel, hoy ha nacido en el suelo, que la luna y el sol del cielo, no lucen delante de él.